# TITANIA Y EL NOVENO MANDAMIENTO

Ana Ballesteros Oliva

# TITANIA Y EL NOVENO MANDAMIENTO

Ana Ballesteros Oliva

avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2022
© Ana Ballesteros Oliva 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-97-9
IBIC: FA

*Los personajes y la historia contada en este libro son ficticios.*
*Cualquier parecido con la realidad es mera casualidad.*

*A mi madre*

*Quisiera agradecer a las personas que me apoyaron en todo momento en esta aventura personal. A mi marido, que sin él jamás hubiera podido convertir mi sueño en realidad. Gracias, David.*
*A mis hijos, Salva y Alejandro, que sin duda serán siempre el motor de mi vida.*

Una vez más me despierta el tintineo de las campanillas del jardín, esta vez con el cielo nublado que pasará de un gris claro a un gris oscuro, hoy no tendremos el privilegio del este de ver el sol.

Me dispondré a tomar un café como todas las mañanas, delicioso momento del día. Sentada junto a la ventana observando el paisaje, alejada del mundanal ruido y el estrés de la ciudad, donde he pasado temporadas de mi vida.

Desde mi ventana puedo ver el prestigioso paisaje que me envuelve. Los árboles son altos, tanto, que cuesta alzar la vista para alcanzar dónde terminan. La yerba espesa inunda todo el terreno, que por cierto está un poco olvidado, pues mi trabajo apenas me deja tiempo libre, solo limitarme a escribir.

Aproximándome a los cincuenta, casi medio siglo de mi vida, no esperaba mucho más de lo que había recibido. Premiada dos veces por mis libros de poesía, no podía estar descontenta de mi vida acomodada. Al menos era afortunada por lo que podía hacer por mí misma.

La ignorancia de que mi vida podía ser perfecta con un marido e hijos era evidente que había fracasado.

Después de lo vivido en mi matrimonio, estaba inmune en el amor. Mi vida matrimonial fue una ilusión creada por mí, no estaba feliz por ello. Me había alejado por completo de todo, yéndome a residir a las afueras de Aldán, mi pueblo natal, para

estar tranquila y rodearme de la naturaleza. Aldán era antiguamente una parroquia. Es un pueblo pequeño, prácticamente una ría rodeada de barrios y aldeas con todo lo necesario.

Casi puedo oler el arroz al bogavante que hacía mi madre una vez al año en Navidad, cuando todo para ella era un gasto inútil, la luz, el agua caliente o el secador. Recuerdo los días que me lavaba el pelo y tenía que secármelo al aire libre, pasaba un frío terrible; o cuando tenía que comerme las sobras del día anterior. En fin… la enfermedad del dinero que hace a un hogar desmoronarse. Ahora vivía por fin como deseaba, mi casa estaba decorada por mí, el dormitorio lleno de todo tipo de amuletos, como atrapasueños que con ironía les llamaba «matasueños», un árbol de la vida y un sinfín de objetos para la buena fortuna. Supongo que algunos me ayudaron y otros se olvidaron de hacerlo, sobre todo, con respecto al amor. Ahora, si me apetecía un arroz al bogavante, solo tenía que bajar al pueblo y pedirlo en alguno de sus restaurantes. En mi casa no faltaban los berberechos, las navajas y sobre todo el champán, esa bebida espumosa que me hacía olvidar todo lo malo que había dejado atrás.

Estaba entregada ahora a escribir un libro, tenía que hacerlo, era mi historia, perteneciente a gran parte de mi vida desde mi niñez, no podía fingir que lo había olvidado.

¿Qué empuja más a un lector a leer un libro? Una historia basada en hechos reales.

Mi historia va más allá, es humana, es sencilla y profunda. Las conclusiones serán varias, los personajes son reales y la fantasía llega a términos surrealistas.

Por cierto, mi nombre es Mayte.

Mi historia comienza en un día de verano de 1982.

Apenas con ocho años, lo recuerdo como si estuviera viviéndolo ahora mismo. Los días se hacían largos y aburridos, en la calle apenas se oía el bullicio de los niños jugando, pues en vacaciones todos se preparaban para huir a lugares más cálidos y menos lluviosos, aunque yo disfrutaba viviendo aquí, la brisa del mar por las mañanas, los paseos por el bosque… pero claro, todo motivo de huida tenía su explicación, ya que muchas familias querían visitar sitios nuevos y para eso se necesitaba mucho dinero, que por desgracia mi madre no gastaba ni una peseta (ay, nuestra querida peseta, cuánto la echo de menos). Por suerte, me encantaba dibujar y eso hacía que mis tardes fuesen más llevaderas y entretenidas.

Una mañana como cualquier otra, me despertó un murmullo que procedía de la calle. Más allá de mi imaginación, pensaba que serían unos vecinos dándose los buenos días como de costumbre, pero el murmullo no cesaba, haciéndose cada vez más intenso. Me levanté de un salto, solo podía esperar lo que me había imaginado, pero no fue así; lo que pude observar a través de la ventana fue mucho movimiento en la casa de enfrente, hacía tiempo que nadie la habitaba. Siempre pensé que estaba abandonada, en la puerta aparcaron dos taxis y un camión de mudanzas. No podía dejar de mirar, estaba intrigada. Del primer coche bajaron tres chicos altos y me parecieron muy guapos, rondarían los

quince y veinte años, iban muy bien vestidos, aunque sus maletas algo deterioradas. De la parte del copiloto salió una mujer muy alta con el pelo negro y una trenza que le llegaba a mitad de la espalda, y su tez era muy blanca. Del taxi que le precedía salieron dos chicos y una niña también muy guapos. La niña llevaba en brazos a un infante, iba cubierto con una capa azul y apenas se podía percibir calzado y ropa, pues la capa lo cubría por completo. Me pareció extraño que en pleno verano fuera tan tapado. De la parte delantera salió un hombre alto y delgado, vestido con traje y chaqueta que, a mi parecer, era bastante anticuado. Me preguntaba por qué unas personas tan llamativas se habían mudado a aquella casa tan deshabitada.

Recuerdo a los vecinos asomados, mirando entre las cortinas, se les podía apreciar a una distancia considerada. En ese momento entró mi madre en la habitación, tan oportuna como siempre.

—¿Sabes? Ya tenemos nuevos vecinos, veo que estás observando igual que el resto. Supongo que serán buena gente, aunque nunca se sabe, deben ser testigos de Jehová o del Opus Dei, porque he contado seis, más los padres, ocho en total.

—No, mamá, son nueve en total —contesté.

—¿Nueve? ¡Por Dios! Qué exageración.

Supongo que para mi madre alimentar tantas bocas hubiera sido una catástrofe total, como la que esperaba toda su vida, por eso tenía la alacena llena de provisiones. Tenía la enfermedad de no gastar nada que no fuera lo necesario, pero realmente ¿qué era lo necesario para ella?, ¿solo un plato de comida recalentado? Y si no te lo comías lo dejaría para el día siguiente. Tras soltar una de sus típicas frases, salió de la habitación. Por fin podía observar tranquila sin interrupciones. En ese momento, la chica

le pasó el infante a la mujer que sería su madre y por unos segundos la capa se deslizó dejando ver una melena rizada y rubia que brillaba aún con la ausencia del sol. Estaba emocionadísima con todo lo que acontecía aquella mañana. Era una niña, y eso me hacía feliz, ¿tendría una nueva amiga? Con la suerte que tenía, seguro que sería extranjera y hablaría otro idioma, aun así, no me importaba en absoluto.

En ese instante, oí a mi madre que me llamaba para comer. Me daba pereza abandonar mi lugar, pero el hambre me reclamaba, por lo tanto, iría a dar un bocado antes de convertirme de nuevo en espectadora.

Me apresuré a bajar al oír a mi padre entrando en casa exclamando:

—¿Qué pasa en la calle que hay tanto movimiento?

Fui corriendo hacia él para darle un fuerte abrazo. Era muy atento conmigo y cariñoso, y mucho menos arrogante que mi querida madre. Como respuesta a la pregunta de mi padre, mi madre prosiguió:

—¿Sabes? Se han mudado a la casa de enfrente, la que estaba deshabitada y abandonada, y son muchos hijos. Deben ser de alguna secta religiosa o algo parecido, si no, ¿a quién se le ocurriría tener tantos?

Llegó la noche y el movimiento en la casa no cesaba. Entrada de muebles, cajas, algún que otro baúl… Empezaba a tener sueño, ese día apenas me había separado de la ventana y necesitaba descansar. Me quedé plácidamente dormida en la cama.

Al día siguiente me despertaron los rayos del sol. No podía creerlo, por fin el sol después de unos días nublados. Necesitaba luz solar para poder disfrutar de los largos y cálidos días de verano.

Ya había atardecido y como siempre me disponía a sentarme en el portal con alguna que otra muñeca para entretener mis aburridas horas, aunque esa tarde era diferente a las demás, había vecinos nuevos.

Las aceras ocupadas por vecinos sentados en su portal para tomar la fresca como de costumbre, pues era un pueblo conservador, los murmullos apenas audibles de sus conversaciones en parte entendibles, lo suficiente para comprender cuál era la comidilla del día, la novedad vecinal. Al principio se pensaban que venían de Rumanía por sus vestimentas, hasta que se les oyó hablar en gallego. De dónde procedieran no me importaba en absoluto, como era una niña, solo tenía algo simple en la mente, jugar con otra niña.

De repente observé que la niña se sentaba en el portal de su casa. Era muy llamativa. Tenía el pelo largo y rubio que se mezclaba con mechones castaños claritos, la tez blanca, e iba vestida de blanco con unos lazos de color azul, eso es lo que podía alcanzar mi vista. Por un instante nos miramos las dos, pero supongo que la timidez nos hizo bajar la mirada.

En ese mismo momento llegó mi padre, se quedó mirándome y me dijo:

—¡Ya tenemos nuevos vecinos!

—Papá, creo haber visto una niña sentada en el portal.

—¿Una niña?

—Sí.

—No te atreves a ir, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Vamos, dame la mano y yo te acompaño. —Miré a mi madre que salió un momento al oír a mi padre, pensé que no me dejaría

ir, pero no dijo nada, tan solo un movimiento afirmativo con la cabeza.

A medida que íbamos acercándonos, vi que la niña se metió en su casa, estaba muy nerviosa y me temblaban las piernas. Al llegar, mi padre llamó a la puerta.

Abrió una mujer alta y esbelta, que nos saludó con educación.

—Buenos días, ¿qué desea?

—Quería darles la bienvenida al vecindario.

—Nos alegra que seamos bienvenidos, al menos por un vecino. Mi nombre es Freya.

—Encantado, Freya, me llamo Emilio. Ella es mi hija Mayte, es muy tímida y quería conocerlos.

Freya se inclinó hacia mí y con una sonrisa me invitó a entrar en su casa.

—¿Te apetece merendar algo y te presento al resto de la familia?

—No quisiera causarles molestias.

—No es ninguna molestia, estaría encantada y además, vivimos justo enfrente, por lo que si se hiciera tarde se la llevaría yo misma a casa.

—No tengo dudas de que estará en buenas manos, si necesitaran cualquier cosa, sabe dónde encontrarnos. Un placer conocerla.

—El placer es mío.

Mi padre me miró con gesto de aprobación y se despidió de mí, dirigiéndose a casa.

Cuando entramos, Freya me presentó a su hija, Titania. Tenía siete años recién cumplidos, uno menos que yo, pero para la edad que tenía aparentaba ser mayor por su altura. Ya dentro pude percibir un aroma a jazmín que daba un ambiente fresco

y cálido a la vez, parece que lo estoy sintiendo ahora mismo. La puerta de hierro vieja seguía allí, resistiendo al paso del tiempo como podía. Sobre ella había una herradura algo oxidada sujeta con un clavo. La barandilla de la escalera estaba adornada con una guirnalda de margaritas, me pareció algo bonito y extraño a la vez. Mi actitud de ser una observadora hacía que me fijara hasta en el más mínimo detalle. Un poco más adelante había una alacena bajo la escalera igual que la de mi casa, pero al verla no se parecía en nada. Ese pequeño espacio era como entrar en un mundo de entretenimiento, toda clase de juegos de aprendizaje y sobre todo juguetes, muchos juguetes. Sobre la puerta tenía una cruz de madera. La siguiente estancia era el comedor, la casa no era muy grande, pero me pareció acogedora y humilde. Los muebles eran un poco viejos y se apreciaba que tenía muchos golpes, imagino que sería por el traslado, también tenía una pequeña librería llena de libros, incluida la Biblia. Cuando llegamos al patio que estaba situado al final de la casa, me llamó la atención la gran variedad de campanillas que había. Luego subimos a su habitación, que la compartía con su hermana, era más pequeña que la habitación de sus hermanos, pues eran cinco varones. Pude observar un calcetín asomándose por debajo de la cama de Titania, algunas cosas me parecían extrañas, pero no le di importancia, era una niña y solo pensaba en jugar. Estuvimos juntas toda la tarde, se me pasó muy rápida y me sentía muy feliz.

Fue el principio de toda una historia.

Ese verano se me hizo muy corto, todas las mañanas me despertaba feliz de poder ver a Titania. Desayunaba rápido y de inmediato me dirigía a la puerta, le daba un escueto adiós a mi madre y me disponía a ir a la casa de enfrente.

Cuando entraba a su casa, el olor a jazmín, la herradura sobre la puerta, la guirnalda de margaritas, el sonido de las campanillas, el pastel de pan hecho por Freya, era todo perfecto. Me sentía tan a gusto que nunca quería irme de esa mágica y acogedora casa, era algo increíble el poder estar allí. Me sentía privilegiada.

El verano llegaba a su fin, pero antes quería mostrarle a Titania mi lugar favorito que seguro le encantaría, la Finca de Frendoal.

Esa última mañana de verano me lo propuse, me levanté pronto, como cada día al llegar a su casa. Su madre me decía que seguía durmiendo y allí estaba yo para despertarla. Hoy la sorprendería con el lugar que le quería mostrar.

—¡Buenos días, dormilona! ¡Levántate y desayuna algo, que nos vamos! Te llevaré con mi bici.

—Vale, vale… pero ¿dónde vamos?

—Es una sorpresa.

Se levantó con una amplia sonrisa. Ella era así, alegre, sonriente, inocente y la niña más maravillosa que nadie podía haber conocido.

Subimos a la bici y nos apresuramos para llegar lo antes posible. Ella se aferraba fuertemente a mí. Teníamos que darnos prisa, pues hoy el sol estaba muy tembloroso con esas nubes oscuras que lo tapaban por momentos.

Cuando llegamos al final del camino, dejamos la bici y seguimos andando. Llegamos a una casa en ruinas, que estaba allí desde tiempos remotos, era el punto de inicio del lugar al que nos dirigíamos.

—Este será nuestro castillo —le dije.

—¡Sí! Y lo saludaremos cada vez que pasemos por su lado.

—¡Claro que sí!

A continuación, había un río de aguas cristalinas.

—¡Es aquí! —exclamé.

Titania estaba feliz, una sonrisa de alegría se dibujaba en su cara. Era un paisaje hermoso, con árboles interminables y una espesa vegetación. Era un momento mágico, nos cogimos de las manos, saltando, corriendo y por fin nos tumbamos en la hierba espesa; mirábamos al cielo ignoradas por el resto de la humanidad. Recuerdo ese momento como el más feliz de mi vida. La quería, me hacía sentir bien, con ella no te aburrías ni un momento. Era como estar con un ángel, perfecta por fuera y hermosa por dentro. No hay mayor satisfacción que encontrar a alguien que te haga sentir que estás viva.

Ya estaban a punto de comenzar las clases. Y como todos los días, íbamos a nuestro rincón secreto. Saludábamos a nuestro castillo, también pedíamos permiso a los árboles y nos sentábamos en la espesa vegetación. Una tarde, Titania dijo:

—Tienen la hierba bien cuidada.

—¿Quién? —respondí extrañada—. Aquí nadie cuida nada, es la propia naturaleza que se encarga de ello.

—No, son los pixies quienes cuidan de la vegetación.

—¿Los pixies? ¿Qué son?

—Son espíritus traviesos, pero grandes trabajadores, les dejaremos un poco de pan cada vez que vengamos, pero nada de oro o ropa, porque los ofenderíamos y se irían.

—No sé de qué hablas, pero si te hace feliz, les dejaremos un poco de pan.

En ese instante comenzó a llover y nos tuvimos que ir. Por la noche, ya en casa, cené pronto y me fui a dormir, estaba agotada. Una vez en la cama pensaba en lo que había dicho Titania